

LA CRISIS BRITANICA

EL mecanismo parlamentario inglés permite que el Primer Ministro en ejercicio disuelva en cualquier momento la Cámara de los Comunes y convoque elecciones con anticipación sobre las fechas legales. Esta prerrogativa se ha convertido en uso habitual: es por lo tanto normal que el Primer Ministro convoque a elecciones en el momento que cree que es el mejor para su partido, o se adelante sobre tiempos que pueden ser peores. El Primer Ministro conservador, Heath, acaba de hacer uso de este poder. Pero esta vez las elecciones anticipadas tienen un carácter más dramático. Más que elegir su fecha propicia, el gabinete conservador se ha visto forzado, quizá contra su voluntad, a convocar al pueblo a las urnas para tratar de resolver una crisis profunda. Se ha visto obligado por el malestar social y, de una manera muy espectacular, por la huelga de doscientos cincuenta mil mineros. Son unas auténticas elecciones de crisis en una situación grave. La campaña electoral es muy breve —la más breve desde 1931— y el nuevo Parlamento se reunirá seis días después —el 6 de marzo— para enfrentarse a la situación. El gobierno conservador la plantea como una cuestión de régimen. El poder de los sindicatos está desbordando al régimen parlamentario y al gobierno mismo: se trata de que el pueblo, en las urnas, vote a favor de los sindicatos o a favor del Parlamento. Esta misma manera de presentar la cuestión forma ya parte de la campaña electoral conservadora, puesto que para el moderado, empavorecido y tradicional se trata nada menos que de un dilema entre subversión y orden. Se le habla en términos de revolución. De donde el énfasis realizado por toda la prensa del país en denunciar al vicepresidente de la unión minera, Mick McGahey (véase el número anterior de TRIUNFO), comunista, como culpable: los conservadores, para ensalzar la idea de que se trata de una subversión; los laboristas, para desprenderse ellos mismos de la acusación. Pero el hecho es que el 80 por 100 de los mineros del país han votado la huelga, y ésta ha comenzado.

LA forma en que el Secretario del Interior ha presentado la cuestión es interesante y aparentemente moderada. «En una sociedad como la nuestra —ha dicho—, que es al mismo tiempo libre e industrializada, es inevitable y en principio justo que algunos sectores posean tal poder (se refiere al de los mineros). Y en honor a los mineros es preciso recordar que no son, de ninguna manera, las únicas personas que poseen este grado de poder. Pero junto a la posesión de tan gran poder va una importante responsabilidad para usarlo con gran precaución y moderación. Por esto la cuestión de la disputa actual va más allá de las situaciones normales de un conflicto industrial, y plantea la cuestión básica en una sociedad libre y democrática, a saber: ¿quién tiene el poder y hasta qué grado de presión? ¿Quién gobierna al país y por qué medios?». Con la acostumbrada suavidad y moderación del lenguaje político inglés, con su buena dosis de «understatement», el gobierno, por su ministro del Interior, presenta un dilema entre subversión y democracia tradicional. El tono del Primer Ministro es ligeramente más duro y, como corresponde ya a una campaña electoral en regla, más agresivo. «Nuestra lucha es contra los extremistas», dice. Descarta cualquier idea de que el partido conservador vaya a enfrentarse con la libertad sindical, pero advierte que los sindicatos han caído en manos de «extremistas» y, finalmente, que los responsables son sus enemigos electorales, los laboristas. Wilson, dice, no ha querido hacer un llamamiento a los huelguistas para que depongan su actitud durante los días pre-electorales «porque sabe que su propia posición, su propio título de jefe del partido laborista, depende de la ayuda de los extremistas», que han provocado y convocado esta huelga. «Después de lo sucedido entre el dirigente del partido laborista y los extremistas en las últimas cuarenta y ocho horas, la nación está seguramente en el derecho de preguntarse: ¿quién es el dirigido y quién es el director?». Consecuencia: si el partido laborista se «entrega» a los extremistas, el conservador ayuda a los moderados «los débiles, los pensionistas, los que tienen sueldos bajos». Son los moderados los que, en la lucha electoral, deben decir «que están hartos de los extremistas en nuestra sociedad, del daño y la ruptura que causan; de este puñado de personas que ponen en riesgo a la mayoría como consecuencia de su abuso de poder».

EL tono de la campaña conservadora es habitual en el continente. Culpar a los extremistas y señalar que la mayoría está presa de un grupito de agitadores es algo que tiene resonancias muy familiares y muy continuas en los oídos europeos. Y americanos. En Gran Bretaña es excepcional. Hay que retroceder a la demagógica grandeza churchiliana para encontrarse algunas muestras tan deplorables de la reducción a esquemas de una situación política. Ello no quiere decir que no vayan a surtir efecto. Si todavía lo surten en el continente, donde esa oratoria está tan desgastada y tan desprestigiada, ¿cómo no han de hacerlo en Gran Bretaña, que todavía no ha aprendido a defenderse de esta oratoria? Una frase como ésta enardece los soberanos oídos británicos: «El futuro de la Gran Bretaña depende de esta elección. Tenemos un

gobierno unido y un partido unido, porque aquello por lo que luchamos es justo».

FRONTE a este tono épico, la campaña laborista es de poco color. Tiene de por sí esa palidez el semblante político de Wilson, el jefe de la oposición laborista. El terreno que tiene que defender es también pálido. Se trata de explicar, y así lo hace, que el problema es que los mineros tienen sueldos muy bajos y los precios son crecientes, y que el gobierno conservador no ha sabido hacer una política que restaure la economía del país hasta el punto de evitar estas tensiones sociales. Los diez años en el poder del partido conservador han sido negativos. Wilson se distancia astutamente de las huelgas, para no caer en el terreno al que quiere llevarle su adversario: solamente culpa de su existencia al gobierno, al Parlamento, de mayoría conservadora. Los conflictos son evitables: solamente que el gobierno no ha sabido evitarlos. No puede resistirse, sin embargo, a caer también a su vez en el énfasis de la calificación: «El punto de partida de estas elecciones es que Gran Bretaña está en peligro grave (...), en el grave riesgo de sostener una economía de columna vertebral rota», y se trata de que el esfuerzo común sirva «no sólo para mantener los niveles de vida de las familias, sino sobre todo, por la supervivencia de Gran Bretaña. Porque esta es la brutal cuestión con que nos enfrentamos: si nuestro país podrá sobrevivir como primera potencia industrial». Pero no puede olvidar que, finalmente, la economía doméstica es la que vota, y después del párrafo elevado explica que la inflación es un problema de amas de casa: «Para ella, la inflación es la rápida e incesante alza en el precio de casi todos los alimentos que adquiere. Para ella, la inflación es la pintura fresca en el rótulo de precio en su lista de la compra, etiqueta sobre etiqueta, precio sobre precio...». Su vivaz respuesta a la pregunta conservadora de «¿quién gobierna el país?» es esta: «Durante los últimos meses, no lo ha gobernado nadie...».

LAS dos campañas tienen un toque de ridícula vulgaridad que a veces puede hacer olvidar que algo grave, efectivamente, está pasando. Según los cálculos de los expertos, el día en que se celebren las elecciones el suministro de energía eléctrica estará a punto de paralizarse, la producción de acero habrá descendido a la mitad, muchas industrias habrán cerrado sus puertas. Si la situación prosigue el 6 de marzo, cuando se reúna el Parlamento nuevo, el país estará a dos semanas del colapso total, con sus reservas de carbón totalmente extinguidas.

LA verdadera opción con que se encuentra el elector es ésta: si vota a los conservadores, tendrá un gobierno enérgico y rudo, que tratará de enfrentarse por todos los medios, menos el de ceder o negociar, a los sindicatos. Los conservadores creen que esta opción llevará al país a situaciones difíciles momentáneas, pero que finalmente triunfará y la economía será restablecida. Si vota a los laboristas tiene gran número de probabilidades de que éstos, al aumentar los salarios de los obreros y contener por la ley el alza de los precios, terminen rápidamente con la huelga y el país vuelva a su situación normal. La incógnita es si las modificaciones económicas permitirán restaurar la economía o, por el contrario, como pretenden los conservadores, se hundirá para siempre en un caos irreversible (porque los conservadores no han ahorrado la noción de «nosotros, o el caos», tan continental, tan degolista). Parece que este aguerrido pueblo, que lleva tantos años aburguesándose, tiene, por el momento, una tendencia a aceptar el desafío: la mayoría de las encuestas de opinión pública realizadas insisten en que el Parlamento nuevo tendrá una mayoría conservadora, de aproximadamente 44,9 por 100 de los votos, contra 37,2 por 100 para los laboristas, y como un 12 por 100 para los liberales (que saldrán reforzados de la crisis).

PERO hay un dilema superior, muy manifiesto en esta crisis, que es el de si el sistema de los dos partidos turnantes sigue siendo válido, y si las concesiones de cada uno de los partidos a grupos dominantes de la sociedad les permite aún conservar una personalidad bien definida. Es cierto que los sindicatos tienen hoy un poder de presión formidable en el país; pero es cierto también que si han llegado a ejercerlo con la virulencia con que lo plantean, hoy es porque la capacidad de presión de los grupos capitalistas industriales sobre los partidos y sobre el Parlamento ha sido tal en los últimos años, que las desigualdades sociales se han extremado. Gran Bretaña tuvo un gran imperio. La primera explotación de ese imperio, continuando los albores de la sociedad industrial, se hizo en beneficio de las clases altas de la sociedad. Más tarde, no sólo la presión sindical sino la enorme acumulación de riquezas que llegaban de los cinco continentes explotados a los fabulosos docks de Londres, permitió un mayor desahogo a las clases económicamente débiles: la explotación de clases, sin cesar nunca, se exportó a los países colonizados, y los obreros de la metrópoli pudieron gozar de una reducción de horas de trabajo, de mejores salarios, de descansos anuales y ventajas sociales, como los bien entendidos servi-



Edward Heath: «Nuestra lucha es contra los extremistas».

cios de asistencia médica. Todo inglés vino a participar, en mayor o menor medida, del beneficio colonial: todos se repartieron el botín de la India o de Egipto. La llegada del alivio de las tremendas condiciones de trabajo obvió en gran parte las diferencias sociales. Pero el imperio se perdió en la II Guerra Mundial: se transfirió a los Estados Unidos, a quienes tocó, a su vez, esta consolidación de las clases explotadas. Poco a poco, a medida que las pérdidas materiales que suponían la caída imperial fueron haciéndose notar de nuevo en la creación de abismos entre las clases sociales. El partido laborista no ha sido tan inocente como pretende en dejar que las cosas se deteriorasen. Sus defensas de la economía, de la moneda; sus alianzas especiales con los Estados Unidos, su retraso en sumarse a la institucionalización de Europa (precisamente por su fijación política a los Estados Unidos) han favorecido más al gran capital que al trabajador, que es el sustento y la base de este partido. El problema esencial no está en que el sistema parlamentario y la rotación electoral de partidos en el poder no sirvan o hayan sido desbordados por otras fuerzas, sino que los Comunes (que en su origen representaban a la burguesía y al pueblo frente a la aristocracia, que tenía y tiene su instrumento propio, su Cámara de los Lores) y los partidos dominantes han sido anegados por las clases privilegiadas y no han ejercido su función hasta el extremo para el que habían sido fundados. En este caso, como en tantos otros de otros países, se acusa a fallos de la democracia como organización o idea algo que ha sido previamente desarticulado y pervertido.

La irrupción en plena fuerza del sindicalismo, como va pasando en otros países —Italia, por ejemplo, y en cierta forma, Francia— en forma de presión política se debe, sobre todo, a que la política ha sido vaciada previamente de su contenido para ponerla al servicio de unas clases dominantes, y en detrimento de otras. Fuera de esta canalización, las clases oprimidas o explotadas tienen que buscar otras salidas, aun tan dramáticas como la de la huelga, que nunca es una alegre aventura para quien la emprende, ni nunca puede ser atribuida a un grupo extremista —aunque sea éste quien lleve, en ciertos casos, su dirección, por estar profesionalizado—, sino una acción dolorosa, arriesgada y difícil, y aun teñida de impopularidad en una sociedad predominantemente burguesa, con medios de opinión y de información burgueses. Y, generalmente, sin grandes posibilidades de modificar inmediatamente la sociedad a la que se enfrentan. Es posible que, efectivamente, un triunfo laborista —que en estos momentos parece poco probable, aunque aún queda prácticamente toda la campaña electoral y aunque Gran Bretaña suele ser sorprendente en el momento de votar, digan lo que digan las encuestas previas— consiguiera un apaciguamiento de las huelgas a base de una subida de salarios; pero a la vuelta de poco tiempo estos nuevos salarios quedarían enjugados por el crecimiento de los precios, y los sindicatos se encontrarían entonces exhaustos para emprender una nueva acción de huelgas. Repetamos que poner en marcha una huelga de esta envergadura requiere una organización y unos sacrificios que destruyen las cajas y las fuerzas de los sindicatos. Un gobierno que pudiese realizar una modificación real de las estructuras económicas mediante una participación real de las fuerzas del trabajo en los beneficios de la producción, que pudiera llevar a cabo nacionalizaciones o colectivizaciones, rendiría mejor servicio a la comunidad británica que la desmedrada acción laborista. Sólo que no hay fuerzas políticas en el país capaces de llevar a cabo un programa así; o más bien, que las fuerzas de los enemigos de tal programa son muy superiores. Quizá el partido conservador, con su dureza inmediata y su arriesgadísimo desafío, sea más capaz de convencer al arcaico capitalismo británico de que la época posimperial exige un reparto mayor de las cargas. Será cuestión de que, si ganan estas elecciones, no sigan presentando su triunfo como una victoria sobre un supuesto extremismo, o como una victoria de la democracia sobre minorías agitadoras, sino como el principio de una revisión dolorosa de los principios de riqueza y pobreza y del reparto del poder.

UNAS elecciones más entre Heath y Wilson, a pesar del dramatismo real y del énfasis imaginario de la situación en sus discursos respectivos, tienen pocas probabilidades de equilibrar unos males que les desbordan y para los que no están preparados.

BOLIVIA

¿Los últimos días de Banzer?

La represión por el movimiento de protesta de los campesinos bolivianos —principalmente, en la región de Cochabamba— ha producido ya cien muertos: la cifra puede fácilmente duplicarse si se cumple el llamamiento del presidente Banzer a las poblaciones rurales para que exterminen por sí mismas a los que considera extremistas. Estos datos los da un comunicado de la Comisión Justicia y Paz, de la Iglesia, que está permanentemente opuesta al régimen de Banzer.

Los movimientos de protesta comenzaron a fines del mes pasado. Con el pretexto de estimular la producción, el gobierno dejó en libertad los precios, que habían estado controlados: en muchos casos, éstos subieron entre un 100 y un 150 por 100. El efecto en las zonas más pobres del país fue desolador, y los campesinos iniciaron un movimiento de protesta. Como ocurre con cierta frecuencia en Francia, la protesta campesina consistió principalmente en bloquear las principales carreteras, explicando unas veces a los automovilistas sus motivos, exigiéndoles en alguna ocasión un impuesto especial por cruzar las zonas rurales. Pero Bolivia no es Francia, y Banzer mandó la aviación y las tropas para entredárselas con los campesinos. Podían éstos que fuese el propio Banzer para negociar con ellos y tratar de la situación del país: no fueron escuchados. En cambio, Banzer politizó el movimiento. Por una parte, ha acusado a Cuba de haber planeado la acción y haber enviado «especialistas» para llevarla a cabo, acusando directamente a Carlos Altamirano —dirigente socialista en el exilio— y los «extremistas» del interior. Por otra parte, ha relacionado el movimiento con un supuesto intento de golpe de estado de un grupo militar, del que se da como protagonista al General Eladio Sánchez. El General Sánchez fue relevado de sus altos puestos militares en los primeros días de febrero, y nombrado embajador en el Ecuador, con el fin de alejarle del país; pero no se presentó al puesto y ha desaparecido. Se dice que se le busca activamente en el país, pero también, según algunos rumores, ha podido ser asesinado.

Las matanzas de Cochabamba y la inestabilidad económica y política ponen en situación difícil al presidente Banzer, que ocupa el puesto desde hace treinta meses. El 22 de agosto de 1971, el coronel Hugo Banzer Suárez dio el 187 golpe de Estado de la historia de su país, derribó del poder al General Torres y se instaló en él. Torres había tenido un mandato efímero: autor de un contragolpe en octubre de 1970 (una intentona de la derecha, dirigida por el General Miranda, para tomar el poder) había accedido a la presidencia con el apoyo de campesinos, mineros, estudiantes y proletariado urbano. Torres declaró que «las universidades, los trabajadores, los campesinos y los militares» serían los cuatro pilares de un nuevo

régimen «nacionalista y revolucionario», pero, poco a poco, se había ido apartando de los programas considerados mínimos por la izquierda, y su represión de las guerrillas —que, sin embargo, no se habían opuesto a él— fue dura. Por eso, cuando fue víctima a su vez del golpe de Banzer no tuvo el apoyo de nadie: un movimiento popular trató de evitar el golpe, pero no ya en nombre de Torres, que ni siquiera supo organizarlo. Esta defensa fue rápidamente vencida con docenas de cadáveres en las calles y las prisiones y los hospitales llenos.

Banzer —formación prusiana, como su familia; estilo rudo— suprimió inmediatamente los instrumentos democráticos —las elecciones no interesan—, anunció una acción para «eliminar el imperialismo rojo» y rápidamente realizó la reconciliación de su país con los Estados Unidos —a través de las acciones de la Gulf Oil, que los gobiernos precedentes habían tratado de nacionalizar. Habrían contribuido notablemente al triunfo de Banzer los intereses de la Gulf, los servicios secretos de los Estados Unidos, los 15.000 fusiles y 5.000 ametralladoras enviados por el Brasil —exportador de la contrarrevolución— y los poderosos capitales de los antiguos nazis alemanes instalados en Bolivia y firmemente protegidos por Banzer contra las peticiones de extradición por crímenes de guerra. Su nuevo régimen trató de forzar un equilibrio político: comprendía ministros de la extrema derecha —la Falange, el partido fascista de Mario Gutiérrez, a quien se confió la cartera de Asuntos Exteriores— y de lo que había sido una izquierda en lejanos tiempos, el Movimiento Nacional Revolucionario de Víctor Paz Estensoro, convertido ahora en una vaga izquierda sin ímpetu revolucionario ni mucho menos anti-imperialista, como había sido su original vocación. Se cerraron las universidades, se restableció la pena de muerte, se abarrotaron las cárceles (sin ahorrar siquiera a los miembros del MNR, supuestamente en el poder; uno de los detenidos fue el propio hijo de Paz Estensoro). La mayor oposición visible fue la de la Iglesia: el Cardinal Maurer, arzobispo de Sucre, Monseñor Benedetti, obispo de Cuevo... Numerosos sacerdotes fueron detenidos, expulsados del país o huidos.

En noviembre pasado, Víctor Paz Estensoro decidió tomar su distancia con respecto al régimen. Probablemente no tanto por reticencias morales con respecto a sus procedimientos, puesto que durante más de dos años había colaborado con él, como porque el fino olfato del viejo político le indicaba que la situación estaba podrida para el régimen. Paz Estensoro y sus restos de Movimiento Nacional Revolucionario pasaron a la oposición. Se dice que ha entrado en contacto con el General Torres, que está en el exilio en la República Argentina —el mis-